

Carla María Martínez Cruz
Luis Vives (Mallorca)
ISLAS BALEARES



Más que sueños

No paro de bajar escaleras, unas oscuras y frías escaleras de mármol. Que nunca se acaban. Cada escalón que bajo me va sumiendo más aún en las tinieblas, mi paciencia se consume y este infierno no cesa.

De pronto despierto, desconcertada, entre sudores fríos y sábanas que me agobian mientras trato de reincorporarme, pensando el porqué de ese sueño. Me giré y vi el despertador, faltaban tres minutos para las siete. “Tengo que ir a trabajar, no puedo perder el tiempo con cosas irrelevantes, al fin y al cabo, solo es un sueño”, me dije a la vez que me levantaba para prepararme. Intenté relajarme de camino al trabajo observando las calles de Río de Janeiro, cuando sin querer choqué con una señora.

– ¡Disculpe! – me excusé.

Pero ella se quedó en silencio mirándome fijamente y no pude evitar devolverle la mirada, para darme cuenta, de que tenía un ojo completamente blanco, el otro era azul cristalino, como el hielo, impresiona. Tenía la tez oscura y vestía como las adivinas del tarot de los cuentos antiguos. Durante el tiempo que la estuve mirando ella permaneció igual, mirándome en silencio, hasta que alzó su mano y pronunció señalándome:

– La distracción acabará con tus progresos, y contigo. Presta atención a los detalles – dijo téticamente.

Reconozco que esa frase me heló la sangre, así que me fui alejando asustado, sin perderla de vista, y me sonrío, dejando ver una apariencia más siniestra todavía, si cabe. Casualmente tropieza.

Cuando me levanté, ya no estaba. Quería entender lo que estaba pasando, pero llegaba tarde. Una vez en la oficina me sorprendí al encontrar una cajita sobre mi escritorio. ¿De dónde había salido esto? La abro para descubrir una pequeña caja de música. Por instinto

giré la manivela y una melodía, un poco tétrica, comenzó a sonar. Luché por no cerrar los ojos pero las notas me envolvían y me quedé traspuesta.

Continúo bajando las escaleras, es insoportable, cada vez veo menos. Una voz conocida comienza a repetir sin parar una frase: Presta atención a los detalles. No deja de repetirlo, me está volviendo loca, no veo y caigo, caigo por las escaleras y la oscuridad me traga, pero la voz no cesa. Siendo cada peldaño contusionando mi cuerpo. He dejado de caer, por fin. En el suelo hay algo pequeño como si fuera... ¡una caja de música! La melodía suena y se ilumina una puerta roja, a la cual me dirijo para salir. En el momento en que voy a girar el pomo se me cayó algo de la boca. ¿Una muela? Me agacho a cogerla y una voz me grita: ¡Mabel!

Abro los ojos, es mi jefe, no parece contento, en absoluto.

- ¿Tiene sueño, señorita Llorenty? – pregunta irónico.
- Lo siento señor, es que... – iba a explicarle lo de la cajita, pero no estaba.
- No se preocupe, lo entiendo – se calmó.
- Gracias señor Reyes, no volverá a ocurrir – me alivié.
- Por supuesto que no porque tendrá mucho tiempo para dormir, en su casa – se enfureció – ¡Porque usted ya no trabaja en esta empresa! Recoja sus cosas –concluyó y se fue.

Me fui a casa derrumbada, menudo día. Lo único que me reconfortaba era que mi novio, Yordano, y yo estábamos de aniversario, por lo cual, me llevaría a cenar a las nueve.

Las once, y nunca llegó. Me cansé de llamarlo y me iba a acostar, cuando sonó el teléfono, lo cogí.

- Espero que tengas una buena excusa – me adelanté.
- ¿Perdón? Creo que se ha equivocado, le llamo del hospital, soy el doctor Ritch – tomó aire – quería informarle de que Yordano ha sufrido un accidente automovilístico.
- ¿Cómo? – empecé a llorar – ¿Está bien, verdad?
- Lo siento señorita, no ha sobrevivido –le colgué.

Estuve llorando hasta que me dormí.

Otra vez aquí, con esa puerta roja y esas voces que me atosigan, pero no tengo miedo, hoy no. Abro la puerta decidida y entro, y me encuentro en las calles de Río de Janeiro, era de noche. Oigo un ruido, es un claxon, y a ese ruido se suma una voz grave:

- ¡Cuidado!

Me giro, y veo cómo un camión se aproximaba hacia mí, pero las luces del vehículo me cegaron.

Estoy harta de esas pesadillas, las odio. Enfurecida salí a la calle, necesito aire, todo se parece a mi sueño, pero no presto atención, la rabia me supera.

Doblo la esquina y la vi, aquel ojo blanco me miraba fijamente, como si me esperaba. Me dice:

- Te advertí, no hiciste caso. Las escaleras, tu trabajo, la muela, tu novio, ¿no lo entiendes? Los sueños tienen un significado más allá.
- ¡Cállese! – me enfadé – ¡déjeme en paz!

Corrí todo lo que pude y oí algo, un claxon.

- ¡Cuidado!

Entonces entendí todo, pero era muy tarde. Una frase quedó en mi cabeza. “Presta atención a los detalles”. Pero no había tiempo, las luces me cegaron.